

Maddalona, preparaba en un anafé de yeso la escasa comida de su marido, que iba a ser el banquete de todo un Enrique de Lorena. Y como para dar el último perfil á tan repugnante escena, Genaro Annese, mientras se acababan de preparar los marcarones, haciendo alarde de confianza con su huéspedes, se puso muy oportunamente á curar con ciertos ungüentos una llaga pestifera y cancerosa que tenía en una pierna (1).

Es la ambición la más acomodativa y doblegable de todas las pasiones; y el duque de Guisa conociendo que en el indisponerse con Annese, ó el desagradarle en aquellos primeros momentos, podía dar por tierra con sus gigantescos planes, se mostró contentísimo de aquella grosera familiaridad y repugnante acogida. Abrazó muchas veces al arcabucero, acarició á la cocinera, elogió el albergue franco y la comida sobria, conferenció intimamente con el generalísimo, procurando desvanecer en él todo recelo de ser suplantado, y hasta se prestó á acostarse con el hediondo jefe popular, pasando la noche á su lado en un colchón en el suelo, mientras ronchaba en otro allí inmediato la señora del castillo. — No sabemos si el cansancio de la navegación, y las fuertes emociones de la llegada le proporcionaron tranquilo reposo en tan poco digno hostalaje, ni si ensueños de gloria y de poderío revolaron sobre su frente. Las historias de aquel tiempo sólo dicen que pasó la noche vestido, y que se levantó al amanecer para recorrer la ciudad.

Cercado de innumerable populacho, que creía ver en el duque de Guisa á su libertador, y seguido del temor de los *capas-negras*, que ignorantes de los antecedentes de aquel príncipe, creían que estaba detrás de él todo el poder de la Francia; fué á reconocer los puestos militares, á revisar las tropas de paisanos armados, que tan denodadamente combatían, y sobre los que, justo es confesarlo, brillaba la aureola de la constancia y del valor, y á examinar por sí mismo los recursos con que contaba el pueblo rebelde que venía á gobernar. Muchas ilusiones se le desvanecieron aquella mañana, viendo con sus propios ojos lo exagerado de las noticias que volaban por el mundo sobre el poder y el porvenir de la rebelión napolitana. Halló, es verdad, una masa de hombres resueltos y armados muy considerable; pero sólo había en ella ocho ó diez mil verdaderamente capaces de guerrear en regla. Y cuando creía encontrarse con todos los habitantes de la capital, y aun de las ciudades de provincia, uniformes en opinión, en deseos, en odio á los españoles, en ansia de libertad; se encontró con que una respetabilísima clase media permanecía indiferente y disgustada cuando no hostil; y que era tan numerosa, que con sólo resolverse y querer, podía inclinar á su lado la balanza de la fortuna. Vió que en la misma masa militante no reinaba orden ni concierto; que la república no estaba organizada y constituida, y que era imposible que lo estuviese; que los jefes populares gozaban de escaso poderío y de muy efímero ascendiente; y que, aunque abundaban en las filas del pueblo veteranos de bizarria y arrojo, no había al frente de ellas oficiales expertos, prácticos é inteligentes, capaces de dirigir con tino las combinadas operaciones que aquella guerra requería. Advirtió la falta total de dinero, la escasez completa de víveres, la mezquina provision de armas y de municiones: finalmente la imposibilidad de llevar á cabo con aquellos elementos los planes que había concebido en Roma, y que lo habían traído á aquel teatro de desdichas.

Pero sin amilanarse, confiando en lo sonoro de su nombre, en los caprichos de la fortuna, en su valor personal; y creyendo alucinado que el gabinete francés no lo abandonaría, y que la influencia de su familia podría procurar tesoros y soldados con que coronar su empresa, se propuso seguir adelante impertérrito, y aprovechar aquellos primeros momentos de entusiasmo popular para probar la mano, procurando obtener alguna ventaja sobre los españoles, que diese gloria á su nombre y que sirviese de buen agüero para las empresas futuras.

Con el objeto de aumentar la consideración del pueblo de Nápoles y del reino todo, y para fortalecer la suprema autoridad militar que iba á ejercer, dispuso el duque de Guisa, ó por mejor decir, hizo proponer á Genaro Annese, y aprobar á la junta popular de San Agustín, que se le tomase juramento de fidelidad á la República solemnemente en la catedral, y que se le entregase allí, con las ceremonias debidas, un estoque bendito en forma por el Arzobispo cardenal. Conociendo Filomarino cuánto iba á comprometerlo este paso, con que sancionaba la rebelión, se excusó con el mal estado de su salud; pero un aviso, mejor dicho una amenaza secreta, que le fué comunicado, de que si no se prestaba de buena voluntad correría riesgo su persona, lo decidió á asistir á la función, y bendecir y entregar una espada con que debían ser exterminados los españoles y destronado el legítimo soberano; acción que lo desacreditó sobremanera con

la gente sensata (2), y que oscureció en gran parte la justa reputación que había ganado con su conducta, ya prudente, ya enérgica, ya arrojadá, y siempre digna en aquellas difícilísimas circunstancias.

En tanto el general Tuttavilla consiguió nuevas ventajas sobre el puente de Scafati, deshaciendo, no sin trabajo y después de reñida pelea, unos cuatrocientos caballos napolitanos que salieron de la ciudad para sorprenderlo; con lo que apretando el bloqueo pudo rehabilitar las aceñas de Torre de la Anunciata y enviar algunas harinas á Castelnuovo, pero no bastaron para socorrerlo, según la necesidad en que estaba, por lo que mandó terminantemente el Virey, que tratase á toda costa de abrir el paso de la gruta de Posilipo, único camino de recibir bastimentos. Tuttavilla, aunque creía de difícil éxito esta empresa, se preparaba á tentarla, y reunió en Puzzoli doscientos buenos caballos, que reuniéndose con alguna infantería que de la guarnición de Castelnuovo debía llevar á la playa de Bagnoli una galera, intentasen sorprender la gruta; pero como tuviese aviso por medio de sus confidentes de que el duque de Guisa quería empezar su campaña atacando á Aversa, cuartel general de la nobleza, y luego á Capua, para abrirse el camino de Roma, tuvo que reconcentrar sus fuerzas para impedir esta operación.

Efectivamente el príncipe francés intentaba acometerla; mas cuando supo el movimiento concéntrico de Tuttavilla, lo dejó para más adelante, y pensó sólo en ganar alguna ventaja notable en la ciudad. Determinó pues, consultando con los jefes populares, por los que afectaba la mayor deferencia, atacar el puesto de San Carlos de la Mortella, para apoderarse luego de las eminencias, y acercarse á Santelmo.

El 21 de noviembre dispuso el duque de Guisa al amanecer una columna de cuatro mil hombres para verificar la operación, que empezó con muy buenos auspicios. Apoderáronse de los primeros puestos, con muerte de muchos españoles, y se deramaron á saquear é incendiar las casas contiguas. Cargaron sobre ellos don Carlos de Gante y el capitán Fusco con dos compañías de arcabuceros, y los pusieron en grande apuro; y queriendo la reserva de las tropas del pueblo socorrer á los suyos, se interpuso oportunamente Mr. de Batteville, seguido de don José de Sangro y del príncipe de Tarsis con gente de refresco, y destruyó completamente la columna que subía al socorro de la que estaba ya derramada por la altura, causándole una gran mortandad. Consteróse el pueblo y quedó no sólo frustrada la operación del nuevo caudillo, sino también desacreditado su nombre, y con mal agüero su fortuna (3).

CAPITULO XXI

Este descalabro, y el descrédito del corto séquito con que se había presentado el duque de Guisa, de los ningunos socorros que había traído y de la tardanza de la armada francesa, empezaron á disgustar á muchos de los hombres del pueblo. E indagados secretamente por los agentes ocultos del Virey y de don Juan de Austria, no dejaron de manifestarlo en plazas y corrillos. Esto obligó á Genaro Annese, aunque no le sonaban mal aquellas habillitas, á dar varias órdenes prohibiendo con severas penas tal desahogo; y al duque á publicar una meliflua proclama, henchida de ofertas y de buenas esperanzas; y á procurar por todos los medios que le había dado naturaleza, captarse el afecto del populacho. Acaheó la rota padecida á la confusión que ocasionaba la multitud de jefes y cabos que, interpretando á su modo las órdenes superiores, imposibilitaban toda unidad de acción; y dispuso un nuevo arreglo del paisanaje armado, organizándolo según un nuevo sistema francés. Para esto quiso formar un regimiento modelo, y mandó que cada capitán de infantería diese diez hombres escogidos, con el sueldo de un carlin diario, y ofreció la misma ventaja á los soldados napolitanos que desertasen de las banderas españolas. Mientras se dedicaba á estos arreglos militares, no se descuidaba en atraerse por todos los medios reservados posibles la adhesión de los *capas-negras*, dejándoles entrever que iba á enfrenar al populacho, y á darles la influencia saludable en los negocios públicos; y empezó también á procurar que se disminuyese el encono del pueblo contra la nobleza, buscando medios de halagarla y darle esperanzas del pronto restablecimiento del orden en todo el país. Pero llevando de frente y no sin sagacidad todas estas negociaciones, meditaba al mismo tiempo el plan de apoderarse de Aversa, y tomaba sus medidas para alejar de ella al general Tuttavilla, que con su columna volante y actividad suma, corría de una parte á otra, logrando siempre ventaja en diarios encuentros y continuas escaramuzas.

Por entónces recibió de Madrid el Virey duque de Arcos, en contestación á sus despachos dando

(2) De Santis. — Capeceletro, MS. — Agnello de la Porta, MS. — Comte de Modène.

(3) De Santis. — Comte de Modène. — Capeceletro, MS.

parte de la segunda avenencia celebrada con el pueblo después de la muerte de Masaniello, completa aprobación de su conducta, y plenos poderes para un arreglo definitivo, y para hacer en nombre del Rey todo género de concesiones á los napolitanos; y creyendo que esta autorización, la sanción real dada á las capitulaciones hechas, y la seguridad de que la obtendrían las que aun se pudieran hacer, abrían nuevo campo á una fácil negociación; imprimió y repartió con profusión la plenipotencia de que estaba revestido, con una exhortación á la paz, y con nuevas ventajosas propuestas. El crédito del negociador entra por mucho en el éxito de las negociaciones, y el del duque de Arcos andaba muy por tierra, con la mala fe de sus anteriores tratos, para que pudiese inspirar confianza alguna. Así que, á pesar de sus nuevos y amplios poderes, su nombre sólo cerraba la puerta á todo acomodamiento (4); siendo la respuesta general á sus nuevas insinuaciones, que nadie se fiaba de sus ofertas, ni creía en sus palabras conciliadoras. Desaire completamente personal, reforzado con un bando de Genaro Annese prohibiendo, bajo pena de la vida, todo trato con el Virey.

Corrido el duque de Arcos disimuló la afrenta que á su nombre se hacía, y trató de minar al de Guisa y á Annese por otros medios; mientras el señor don Juan de Austria, convencido de que el reino se perdía, bajo el mando supremo de tan desacreditado y aborrecido Virey, meditaba el modo prudente de quitar este estorbo á la paz y á la terminación de tantos desastres.

El duque de Guisa persistiendo en su idea de salir á campaña y de acometer á Aversa, reunió la gente popular en San Agustín, y expuso en ella, no sin acierto, y dando á entender que no le era extraña la ciencia de la guerra, que continuar perdiendo fuerzas y tiempo en atacar con éxito ó sin él los puestos españoles, sería perecer en una lucha interminable: que era preciso llevarla guerra fuera de la ciudad, deshacer el bloqueo para proveerse de bastimentos, animar al país, y esperar con ventajas positivas y con una organización estable la armada francesa, que no podía tardar en aparecer: concluyó proponiendo la expedición sobre Aversa, pintándola tan fácil como importante. Grandes y unánimes aplausos recibió por respuesta, y se decidió en la junta, por voto general, ponerse completamente en sus manos, y fiarle sin restricción alguna y sin intervención de nadie, el arreglo y ejecución de las operaciones militares (5).

No agradaba mucho á Genaro Annese este ascendiente que ganaba el duque; pero tenía que doblegarse á él, mal de su grado, y ayudó á la empresa propuesta con eficacia, por no hacerse sospechoso. El de Guisa organizó con destreza el cuerpo de tropas populares que debían acompañarle á la expedición, y dispuso al mismo tiempo varias oportunas salidas para distraer á Tuttavilla, y ocuparlo lejos del verdadero punto de ataque. Pero el activo y entendido general no ignoraba ninguno de sus planes, y se los comunicaba constantemente al Virey; mas este no daba gran valor á sus noticias, y lo apretaba sin cesar para que emprendiera la toma de la gruta, creyendo remediar así la miseria que reinaba ya en los castillos, alterando la salud de sus guarniciones.

Preparado todo para el ataque de Aversa, trató el duque de Guisa de emplear maestro de campo general, altísimo nombre que había querido reservar para su hermano segundo. Muchas ambiciones se pusieron alerta. Monsieur de Cerizantes se liasonjó de obtenerlo, aunque sólo había venido como espía del marqués de Fontenay, y era completamente ajeno á la carrera militar: también tuvo la audacia de aspirar á él Agustín de Liéto, hombre de nada, y cuyo nombramiento de capitán de guardias había ya escandalizado á Nápoles; pero lo obtuvo el baron de Módena, buen soldado y leal caballero, que no quiso por cierto recibir la patente de la junta popular con la firma de Annese, sino expedida y firmada por el mismo duque (6).

Entre tanto un bandido llamado Papone se alzó en las inmediaciones de Gaeta con una tropa numerosa, y saqueando y destruyendo los casales en que no había cundido la rebelión, llegó á talar los campos de Capua y á dar cuidado á Aversa, que ya temía ser embestida. Aprovechando esta favorable incidencia y la venida de Pastena de tierra de Salerno con gran golpe de rebeldes á acometer á la Cava, y á caer de nuevo sobre el puente de Scafati, salió el duque de la capital el 12 de diciembre al frente de cuatro mil peones, quinientos jinetes y seis cañones gruesos, todo con bastante orden y buen ánimo, pero con escasas municiones, y se dirigió á San Giuliano, casa de mucha importancia, situado ventajosamente entre Aversa y Nápoles. Apoderóse de él sin dificultad, y extendióse al de Santantimo poco distante. El baron de Módena, con tanta actividad como inteligencia, pensó inmediatamente en fortificar varios puntos; pues teniendo los nobles mucha y buena caballería y

(4) De Santis.
(5) Comte de Modène. — De Santis.
(6) Comte de Modène.

pocos infantes, era necesario ponerse á cubierto de un rebato.

El general Tuttavilla, avisado á tiempo de la salida en campaña del duque, dejó reforzado el puente de Scafati, avisó á Castellamare para que saliera su escasa guarnición á detener á Pastena, y revolvió al socorro de Aversa, llegando oportunísimamente. El príncipe francés, aprovechando la ocupación del baron con las obras y reparos que dirigía, trató de entablar, contra su dictamen, hablas secretas con los de Aversa, para mostrar á los nobles su buena voluntad, y solicitó una entrevista con alguno de ellos, lo que no tardó en conseguir. Cuando lo supo el leal y entendido consejero, le manifestó, que era muy aventurado el paso que iba á dar, no por desconfianza de los nobles napolitanos, incapaces de felonía, sino por la sospecha que iba á despertar en el pueblo, y por el partido que podía sacar el envidioso y engonado Genaro Annese. El duque recibió con ceño estas juiciosas observaciones del único hombre que lo seguía con verdadera lealtad y puro interés, y llevó adelante su poco meditado plan.

Ajustada la conferencia, se señaló para celebrar la el convento de Capuchinos, que está entre San Giuliano y Aversa, y se pactó que cada parte llevaría sólo nueve hombres de séquito. Al día siguiente por la mañana llegó el primero al punto marcado el duque de Andria, en nombre de los de Aversa, con sus nueve caballeros; y minutos después llegó el duque de Guisa con otros nueve, entre los que iban el baron de Módena, que no quiso dejar solo al príncipe, y algunos oficiales napolitanos. Al avistarse se adelantó á galope el de Andria, y lo mismo hizo el de Guisa; y después desaludarse cortésmente, echaron ambos á un tiempo pié á tierra y se abrazaron. Visto lo cual se apacieron y acercaron ambas comitivas, mezclándose sin recelo y con notable cordialidad. Conferenciaron los dos duques largo tiempo en la celda prioral, tratando el francés de persuadir á la nobleza que dejara la causa de España y se adhiciese á su servicio; y contestando el napolitano, que jamás dejarían los nobles las armas en defensa del Rey legítimo, á quien habían jurado fidelidad; con lo que, sin adelantar nada, se retiraron, satisfechos uno y otro de la cortesanía, lealtad y honra con que por ambas partes se había celebrado la entrevista (1).

El historiador de Santis, á quien no hemos perdido de vista en el curso de esta historia, dice que esta habla se tuvo después del ataque del puente de Frignano (que luego referiremos), y que la procuró y ajustó el general Tuttavilla, con la intención de apoderarse traidoramente de la persona del duque, si no se prestaba á retirarse del reino; y añade que el temor de la escuadra francesa, que llegó el mismo día, impidió el atentado. Pero el baron de Módena, que no pierde ocasión de denigrar á los españoles y á sus partidarios, y que como maestro de campo general y confidente íntimo del príncipe francés debía estar al corriente de cuanto pasaba, y que, como hemos dicho, asistió á la conferencia, la refiere como ocurrida antes de la tal jornada de Frignano y del arribo de la escuadra francesa; y no indica la menor sospecha sobre la buena fe y caballerismo de los señores de Aversa y del general Tuttavilla, á quien ni siquiera nombra en esta ocasión; ni es de creer que tan esclarecido general, y caballeros de tanta estima, como lo son y lo han sido los napolitanos, pensasen en tan indigna superchería. O estuvo de Santis mal informado, ó un resentimiento personal le hizo acoger como cierta la sospecha de algún malicioso, ó una habillita vulgar y despreciable.

Sucedió como lo había previsto el baron. Genaro Annese y muchos de los jefes populares se escamaron con esta conferencia, y no tuvieron que hacer poco el duque y sus partidarios para remediar el daño, rectificar la opinión de las turbas, contener las murmuraciones de la soldadesca y restablecer la confianza y la disciplina.

Pocos días después, avisado el duque de Guisa de que en el canal de San Cipriano había un considerable almacén de grano, envió las compañías de Giaromo Rosso á apoderarse de él. Este movimiento alarmó á Aversa, y salieron de ella mil y quinientos caballos con dirección á San Giuliano. Estaba comiendo el duque cuando recibió el aviso de los puestos avanzados; y montando á caballo, mandó al baron que pusiera las tropas á punto de defender el cuartel general; al señor Yznards que con la infantería de Santantimo saliese á sostenerle; y voló con la caballería al encuentro de la de sus enemigos, que en buen orden se aproximaba. Pasado el puente de Frignano decidió la carga, y las compañías de su guardia la dieron con intrepidez; pero los nobles las arrollaron de tal modo, que se pusieron en desorden los escuadrones que las sostenían. El duque en aquel conflicto se portó con la bizarria que distingue y ha distinguido siempre á los príncipes franceses, y haciendo prodigios de valor trató de rehacer á los suyos; pero lográndolo tan imperfectamente, que era imposible el sostenerse, mandó

(1) Comte de Modène. — Memoires du duc de Guisa.

tocar á recoger, y dispuso la retirada por el puente de Frignano, paso dificultoso, y en el que se temió una completa derrota, porque la caballería de la nobleza le apretaba muy de cerca. El baron de Módena había provisto á su seguridad, pues sin decirle nada había emboscado la infantería en unas casas hundidas y espesos matorrales, que cubrían la entrada del puente; y saliendo al provisto con ellas, sostuvo la retirada del príncipe, conteniendo con notable descalabro la caballería de Aversa (2). Del séquito del duque quedó prisionero el señor de Orillac, vilmente asesinado luego por un cobarde; pero los nobles napolitanos le hicieron unas magníficas exequias, para dar un testimonio público de que no habían tenido parte en aquel crimen, y de que, como buenos, sabían honrar el valor de sus enemigos.

Este reencuentro, aunque tan desgraciado, dió mucha nombradía al duque, por la brillante muestra que dió de su valor personal, y desmintió completamente las habillitas y las sospechas nacidas de su conferencia con el de Andria.

Seguia pues en su cuartel general de San Giuliano, extendiéndose por los casales que circundan á Aversa, esperando para embestirla que Papone acabase de interceptar el camino de Capua, y que Pastena llegase con las fuerzas de Salerno, cuando recibió aviso de Genaro Annese de estar á la vista la armada francesa; noticia que le enajenó de gozo en el primer momento, pero que reflexionando luego, lo dejó suspenso y discursivo.

Efectivamente, el 18 de diciembre de 1647, al amanecer, aparecieron en el golfo de Nápoles, y fondearon luego en la punta de Posilipo, veintinueve naves gruesas con cuatro mil hombres de desembarco, y cinco brulotes. Mandaba estas fuerzas el duque de Richelieu, y le acompañaban el comendador de Gontes, el bailío de Valance, y otras personas de cuenta, que venían voluntarias á la expedición (3). La armada española, casi desmantelada y desprovista de tripulación, se hallaba dividida en tres distintos puntos. En Baya donde estaba el señor don Juan; en el puerto de Nápoles al abrigo de los castillos, con Giannetin Doria; y en Castellamare á donde habían ido algunos bajeles para guardar la costa. Y si la escuadra francesa la hubiese atacado así dispersa y desapercibida, y sin tener en ninguno de los tres puntos fuerza suficiente para resistir, habría sido sin duda alguna destruída; y el no haberlo hecho fué cosa tan de bulto que maravilló á todos, dando á los napolitanos sospechas muy mala espina del intento de aquellas fuerzas auxiliares.

Dado fondo, trataron los franceses de reconocer la punta, para verificar la desembarcación; y después de recibir á bordo á los comisionados del pueblo, que fueron á cumplimentar al almirante con gran cortesía, á despedirlos les manifestó éste que estaba dispuesto á enviar guarnición de sus tropas al torreón del Cármen. Desconcertado esto sobremarera á Genaro Annese, siempre temeroso de perder un ápice de su autoridad, y reuniendo la junta popular, presentó la proposición sin apoyarla ni condicionarla. Pero los amigos del arcabucero, ayudados sin saberlo por los agentes del Virey, y por los *capas-negras*, pusieron tan diestramente en juego la desconfianza que había inspirado el que la armada francesa en cuanto llegó no hubiera empezado su ayuda á la república por destruir la armada española, que resolvió casi por unanimidad oponerse á que los franceses guarneciesen la ciudadela del pueblo. Desabrido el de Richelieu con esta repulsa, no verificó tampoco el desembarque en la punta de Posilipo. Sólo saltó en tierra, con escaso acompañamiento, el abate Baschi, familiar del cardenal de Santa Cecilia, para ir á San Giuliano á visitar al duque de Guisa.

Llegó sin contratiempo, fué recibido con mucho júbilo, y regresó á los bajeles después de una larga y secreta conferencia. No sabemos lo que en ella pasó, pero quedó de ella tan desconcertado el duque, que prorumpió imprudentísimamente en público en groseras injurias á la Francia, á su gobierno y á su almirante, con palabras y acciones de frenético (4). Traía orden el de Richelieu de entenderse sólo con Genaro Annese, y de ponerse en todo á su disposición; sin que en las instrucciones se mencionase, ni aun por incidencia, al duque de Guisa; y aunque el prudente baron de Módena procuró calmarlo y aconsejarle lo que más convenía, el acalorado manco, sin oír más voces que las de su resentimiento, resolvió impedir por todos los medios posibles el desembarque de franceses, á quienes ya detestaba como enemigos, y dar á conocer al gobierno de Francia que se engañaba misera-

(2) Comte de Modène. — Capeceletro, MS.

(3) Comte de Modène. — De Santis. — Raph. de Turrís. — Capeceletro, MS.

(4) Comte de Modène. — M. Marie Turge-Loredan. *L'état de la republique de Naples sous le gouvernement de monsieur le duc de Guisa*, traduit de l'italien. (Este autor, que no creamos fuera mujer, dice en el prólogo que su obra es traducción de las memorias manuscritas del P. Capece, confesor del duque, á lo que tampoco damos gran fe.)

blemente dando importancia al ignorante y vil maestro arcabucero, y en no darla á un príncipe ilustre de su nación. Decidido á todo, para desembarazarse de los juiciosos consejos del baron, lo envió bruscamente á continuar el sitio de Aversa; y marchó precipitado á Nápoles con su capitán de guardias Liéto, y con su consejero áulico Agustín de Millo, letrado que estaba de acuerdo con el Virey, y que era el que trabajaba con más empeño para indisponer al príncipe con el baron.

CAPITULO XXII

Informado el duque de Arcos de cuanto había hecho y dicho tan indiscretamente el de Guisa, y del proyecto que á Nápoles le traía, vió el cielo abierto, y que la suerte propicia le proporcionaba el medio más oportuno de alejar la armada francesa, que lo había puesto en extremo cuidado; y antes que llegase á la ciudad el irritado y poco sesudo príncipe, puso en juego sus artes habituales. Circuló con tanta rapidez sus instrucciones á los *Capas-negras*, y preparó el terreno con tanto acierto, que la recepción del duque francés tuvo toda la apariencia de un verdadero triunfo, y jamás el entusiasmo pareció más general. El letrado Agustín de Millo, y los otros que adulando al incauto manco perfiados lo vendían, aprovecharon su desvanecimiento para hacerle creer que el pueblo no quería más jefe que á él, y que para nada necesitaba de franceses, ni de una escuadra sospechosa, por no haber destruído la española, como tan fácil le hubiera sido.

Hinchado con tales obsequios y lisonjeados con tales insinuaciones, remió el duque de Guisa la junta popular, y pidió en ella determinado el mando supremo; acusando á Annese de querer entregar el torreón del Cármen al almirante Richelieu, que podía estar de acuerdo con los españoles para atacar la Independencia de la república. Entablóse acalorada discusión; pero los esfuerzos secretos de los *capas-negras*, y los públicos y descarados del padre Capece, de José Palumbo, de Gruzzo de Rosis, de Carlos Longobardo y de otros jefes populares, allanaron la pretension del príncipe francés, y fué proclamado el 23 de diciembre *Duque de la república napolitana, y defensor del Estado* (5). Despedido Genaro Annese montó en un caballo, y recorrió los barrios bajos, gritando que el jefe que proclamaba la junta los iba á vender á los nobles, con los que estaba de acuerdo; pero como el zafio, cobarde y codicioso arcabucero no había sabido más que hacerse enemigos, no encontró eco ni amparo en parte alguna, y confuso y ahogado de impotente rabia se encerró en su torreón. El duque, evanecido con su fácil victoria, avisó de ella, como por desprecio, á Richelieu, y recorrió las calles de la ciudad, recogiendo aplausos de la multitud, y llegando de cuando en cuando á sus oídos los lisonjeros acentos de *viva nuestro Rey*. — El historiador de Santis asegura que fué aquel día proclamado Dux, como el de la república de Venecia; pero ningún documento hemos visto que lo indique, y el baron de Módena y otros AA. sólo refieren que le fué conferido el título que dejamos mencionado.

Genaro Annese en su torreón podía muy bien haber desconcertado la ufanía y fantásticos proyectos del ambicioso manco, entregando aquella fortaleza á los franceses, ó á los españoles; pero incapaz de resolución en que se necesitase de habilidad ó de valor, tomó la de enviar humildemente su sumisión al nuevo jefe del Estado; con lo que quedó el duque reconocido sin contradicción en Nápoles como la suprema cabeza de la soñada república, recibiendo en seguida la adhesión y felicitaciones de Pastena, Papone y demás jefes de bandas populares de las provincias limítrofes.

Entre tanto la armada española aprovechando una oscurísima noche, con ágiles maniobras, y sin ser sentida, se reunió en Baya; lo que advertido al amanecer por la francesa, trató de embestirla. Púsose á la vela Richelieu para verificarlo, pero teniendo en contra el viento leveche, que soplabá recio, se dirigió á Castellamare, donde encontró en el valiente Caraffa gallarda resistencia, causándole notable daño la artillería de tierra, por lo que dió fondo fuera de su alcance. El día 22 fué la armada española, reorganizada lo mejor posible con actividad é inteligencia por el señor don Juan, la que atravesando el golfo hizo rumbo contra la francesa. Viéndose esta embestida, levó anclas y salió al encuentro. Ya comenzaba el combate, que era ciertamente de éxito muy dudoso, cuando una violenta turbonada que levantó mucha mar y causó averías en unos y en otros, lo imposibilitó. Los franceses se vieron obligados á salir del golfo, pasando con gran peligro por entre la punta de la Campanella y la isla de Capri, y los españoles fondearon, después de larga brega, al abrigo de los castillos (6).

Creyéndose el duque de Guisa ya seguro en la soberanía de Nápoles, y animado con las noticias de las ventajas conseguidas por Papone sobre Teano,

(5) Comte de Modène. — M. Marie Tourge-Loredan.

(6) De Santis. — Comte de Modène. — Relacion de don Juan de Austria, dirigida al Rey.

(1) Comte de Modène.